

Un nuevo Movimiento Feminista para el nuevo milenio¹

Gabriela Castellanos Llanos

Se nos ha convocado aquí para examinar el estado actual de los movimientos sociales en el país, así como sus posibilidades de contribuir a la construcción de una sociedad civil democrática. La misma invitación que se me hizo a hablar sobre el movimiento social de mujeres en este contexto es una señal de cambio: no están muy lejanos los días en que las mujeres reclamábamos infructuosamente un espacio de participación en debates políticos y académicos similares. Esta señal positiva tampoco aparece aislada; podemos situarla en el contexto de grandes cambios en la situación de la mujer a nivel nacional. Sabemos, por ejemplo, que la participación de la mujer en la educación ha avanzado tanto que en 1993 conformamos más del 50% de la población estudiantil universitaria (50.5%). Aunque aún no constituimos sino un 42.6% de la población económicamente activa, la incorporación de la mujer al mercado de trabajo es más acelerada que la de los hombres. No parece haber hoy en Colombia ninguna actividad en la cual las mujeres no hayamos incursionado, a no ser el

sacerdocio en la religión católica. Sin embargo, la situación social, económica y política de la mujer en Colombia es aún tan desventajosa en comparación con la del hombre que se configura en un gran reto, pues sólo subsanando estas desigualdades, entre otras, podemos realmente hablar de la construcción de la democracia y de justicia social en nuestra sociedad.

Efectivamente, según datos de 1990, la remuneración salarial de las mujeres, por igual trabajo y con iguales cualificaciones, es sólo de un 75% de la de los hombres en el sector formal, lo cual quiere decir que las mujeres percibimos en promedio 75 centavos por cada peso que perciben los hombres en condiciones similares. En el sector informal, la diferencia es aún mayor, pues por cada peso percibido por un hombre las mujeres perciben 61 centavos. El desempleo de las mujeres es superior al de los hombres, superándolo en casi diez puntos porcentuales en el grupo de edades que oscilan entre los 20 y los 39 años de edad (23,8% de mujeres desempleadas frente a 13,6% de

1 Este artículo fue presentado en "Movimientos Sociales en Colombia", un evento convocado por Foro por Colombia, y realizado en la Universidad del Valle, en Cali, en mayo de 1997.

2 Todos los datos anteriores provienen de *Colombia paga la deuda social* a sus mujeres, el Informe Nacional de la Presidencia de la República para la Cuarta Conferencia Mundial de Mujeres en Beijing, en Septiembre de 1995.

hombres desempleados).² Por otra parte, la participación femenina es mayor en las categorías de empleo menos remuneradas y de menor prestigio. Las mujeres en promedio ocupamos cargos de más bajo nivel decisorio que los hombres de cualificaciones similares en todos los campos de la actividad social. Por ejemplo, en los estamentos docentes somos un 96% de los educadores de nivel pre-escolar, un 76% de los educadores de primaria, un 44% de los de secundaria, y solamente un 22% de los educadores a nivel superior.³ Por supuesto, nuestra participación es todavía menor en cargos a nivel decisorio: la proporción de mujeres decanas y rectoras es ínfima. Lo mismo sucede en los cargos de poder político: las mujeres en 1995 ocupamos el 8% de los ministerios, algo menos del 10% de los viceministerios, el 3.7% de las gobernaciones, y el 5.6% de las alcaldías en el país. En el poder legislativo las proporciones son aún menores: sólo hay 7 senadoras contra 95 senadores, y 6 representantes mujeres en la Cámara frente a 187 hombres. Ni en la Corte Constitucional ni en la Corte Suprema hay presencia femenina (ni una sola magistrada), mientras que en el Consejo de Estado encontra-

mos una mujer entre 25 hombres.⁴ Vale la pena que recordemos, sólo por el valor simbólico de un dato que todas y todos conocemos, que en Colombia nunca ha habido presidenta de la República, ni siquiera una candidata que haya sido tomada en serio.⁵ Evidentemente, una sociedad donde la mitad de la población está tan pobremente representada en los cargos decisorios del Estado, no es ni puede ser una sociedad democrática.

Debo confesar que al escribir todo lo anterior he sentido un cierto temor a llover sobre mojado, a repetir lo que muchas personas ya conocen. Pero si he decidido presentar los anteriores datos de todos modos, ha sido porque sospecho que las personas que ya los conocen y los han oído hasta la saciedad son mis compañeras del movimiento social de mujeres; para muchas otras personas pueden resultar nuevos y aún sorprendentes.

Hablo aquí hoy, entonces, a dos públicos diferentes (posiblemente muchos más de dos), en lo que a conocimiento de mi tema se refiere. De hecho, trataré en este breve trabajo de establecer un puente entre los distintos públicos al examinar, desde mi perspectiva personal, algunos de los procesos recientes de formación del actual movimiento social

3 Flacso, *Mujeres latinoamericanas en cifras: Colombia*, Instituto de la Mujer, Santiago de Chile, 1993, p. 66.

4 Presidencia de la República, *Colombia paga la deuda social a sus mujeres*, p. 30.

5 Un año después de haber sido escritas estas páginas, ocurrió "el fenómeno" de Noemí Sanín, candidata a la Presidencia de la República que obtuvo, en la denominada "primera vuelta electoral", un número sin precedentes de votos para cualquier candidato, hombre o mujer, que haya aspirado al cargo por fuera de los dos partidos tradicionales. La candidata Sanín, de la llamada "tercería", obtuvo casi tres millones de votos, que aunque no le permitieron pasar a la segunda vuelta, superan incluso la votación que en el pasado reciente obtuvieron los candidatos presidenciales ganadores.

de mujeres en Colombia, a su visión a largo plazo y a algunas de sus metas.

Este mismo hecho de que reconozcamos la presencia de públicos diferentes, es altamente significativo, pues esta diversidad no se limita a este auditorio, sino que está presente en forma general en la mayoría de los debates modernos. De hecho, cuando el público es uno, homogéneo, debemos sospechar que ha llegado a serlo como fruto de procesos de exclusión, es decir, como efecto de factores profundamente anti-democráticos. Sin embargo, la ilusión de la existencia de un "ámbito público" único es compartida por la tradición liberal y aún por algunos de sus críticos. Como nos lo dice Nancy Fraser, el mismo Habermas concibe "el confinamiento institucional de la vida pública a un solo ámbito público dominante" como "un estado de cosas positivo y deseable, mientras que la proliferación de una multiplicidad de públicos representa un alejamiento de la democracia más que un acercamiento hacia ella".⁶ A pesar de que la historia y los análisis políticos tienden a ocultarlo, siempre ha habido "una gran variedad de maneras de tener acceso a la vida pública y una multiplicidad de terrenos públicos". Por esta razón puede inclusive decirse que, en cierto sentido, "la visión de la mujer como una excluida del ámbito público... se basa en una noción de lo público con prejuicios de clase y de género." El público burgués, com-

puesto por varones blancos de la élite puede pensar que constituye el público, el único y verdadero, por el hecho de que son ellos quienes controlan los medios de comunicación masivos y los foros más poderosos e influyentes. En realidad, como lo muestra Mary Ryan, "al mismo tiempo que el público burgués surgieron un sinnúmero de públicos contrarios en competencia, incluyendo a los nacionalistas, los públicos populares de campesino, públicos de mujeres de la élite, y públicos de la clase obrera".⁷ Hoy en día, podemos añadir los públicos compuestos por diversos sectores étnicos y por las mujeres de sectores populares. Por otra parte, los discursos que empleamos las mujeres, como los de los obreros, los negros o los indígenas, tienen otros estilos, emplean retóricas diferentes. El estilo masculino, burgués, blanco, de hecho se constituye en una barrera para la participación de los grupos marginales; inclusive, puede decirse que el empleo de estilos alternativos se convierte en uno de los elementos decisivos para esta marginación. Por todo lo anterior, podemos concluir, con Fraser, que "la idea de una sociedad igualitaria y multicultural sólo tiene sentido si suponemos la existencia de una pluralidad de terrenos públicos en los que participen grupos con diversos valores y retóricas. Por definición, una sociedad de esta índole debe tener una multiplicidad de públicos". Sólo así lograremos una sociedad justa, donde prevalezca la

6 Nancy Fraser, "Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente", en *Debate Feminista*, México, 1991, p. 39.

7 Mary Ryan, "Women in Public: Between Banners and Ballots", citado en Fraser, loc. cit., p. 31.

equidad y donde se haya logrado una democracia participativa.

El movimiento social de mujeres constituye uno de esos públicos, y no sólo hoy, en 1997. Desde siempre ha habido mujeres en las luchas y en los debates, mujeres con las armas en la mano en la época republicana y mujeres participando en los clamores sociales, aunque a menudo no hayan logrado acceso a los micrófonos y hayan tenido que recurrir a las ollas y los cucharones para ser oídas. Sin embargo, las mujeres hemos sido quizá algo más escuchadas recientemente, nos hemos vuelto un tanto más visibles, a partir de los movimientos de lo que Julia Kristeva llamó "la segunda ola" del feminismo, para diferenciarla de los primeras luchas feministas de este siglo, encaminadas fundamentalmente a lograr acceso a la educación superior y a conseguir el sufragio.

Antes de esbozar algunos rasgos de este movimiento feminista más reciente, y de considerar sus relaciones y diferencias con el movimiento social de mujeres, debemos definir lo que entendemos por uno y otro términos. Partiré aquí de la definición que nos ofrecen Geertje Nijeholt, Virginia Vargas y Saskia Wieringa de lo que ellas llaman el "movimiento femenino": *Entendemos como tal el espectro total de personas que actúan en forma individual, consciente e inconscientemente, de organizaciones y grupos ocupados en aminorar los diversos aspectos de la subordinación genérica por cuestiones de sexo.*⁸

En su trabajo, las autoras usan los términos femenino y feminista indistintamente, como si fueran equi-

valentes, y debido a que, en mi concepto, la definición que ellas nos ofrecen corresponde a "movimiento feminista" más que al movimiento social de mujeres, la emplearé como base para definir al movimiento feminista. Llamaré, entonces, movimiento feminista al **conjunto de personas, organizaciones, redes y grupos que, en una sociedad determinada, perciben la situación de las mujeres como signada por la subordinación social a los hombres, y luchan por eliminar la discriminación hacia la mujer, establecer la igualdad de oportunidades entre los sexos, y por lograr la equidad de género.** El movimiento social de mujeres, en cambio, es el conjunto de personas, organizaciones, redes y grupos que, en una sociedad determinada, luchan de maneras diversas por mejorar determinados aspectos de la situación de las mujeres. La diferencia entre el movimiento feminista y el movimiento social de mujeres consiste en que las personas y organizaciones que integran el segundo dirigen sus esfuerzos de un modo u otro a eliminar ciertas situaciones adversas o inequidades específicas, sin ser necesariamente conscientes, como sí lo es el movimiento feminista, de que esta lucha se encamina a la eliminación de una situación social generalizada, que puede ser caracterizada como subordinación de la mujer. Como vemos, los objetivos que persigue el movimiento feminista son más profundos y de más largo alcance que los del movimiento social de mujeres.

Por otro lado, desde el punto de vista de la cantidad y diversidad de sus integrantes, el movimiento social

de mujeres es más amplio y general, y en cierta forma puede decirse que contiene al feminista, aunque este último sea capaz de trazar derroteros y orientar al primero. Ahora bien, aunque el feminismo puede aparecer como un sector dentro del movimiento social de mujeres, de hecho, al menos teóricamente, podemos plantear la posibilidad de un feminismo que se sitúe por fuera de este movimiento. Podemos así distinguir entre feministas que consideran importante participar activamente en el movimiento social, y feministas aislacionistas que no lo hagan, por ejemplo por estar convencidas de que lo que se debe construir es un ghetto utópico, exclusivamente femenino y separado del resto de la sociedad. Este último tipo de feminismo ha existido realmente en países como Dinamarca y Suecia, sobre todo en la década de los 80; este hecho histórico nos permite establecer que, al menos hipotéticamente, es posible ser feminista sin pertenecer al movimiento social de mujeres. Por otra parte, encontramos en Colombia y en el mundo grupos de mujeres y mujeres independientes que están activas en el movimiento social pero que no son feministas.

Evidentemente, la participación mayoritaria de las mujeres en el movimiento no la podemos reclamar las feministas. Como lo expresan

varias autoras latinoamericanas en un artículo sobre los encuentros feministas de América latina y el Caribe, "Las feministas latinoamericanas . . . son apenas una parte de un movimiento de mujeres más amplio, multifacético y política y socialmente heterogéneo".⁹ O, según nos lo señala Virginia Vargas, "la vertiente más numerosa del Movimiento [social de mujeres] la constituyen las mujeres que, a partir de su rol reproductor doméstico, han accedido a espacios públicos para contribuir a la subsistencia y el bienestar familiar". Estas mujeres, en su mayoría actuando como madres, "no ven en su nuevo papel una distinción tajante entre lo privado y lo público, ya que su desempeño exige mantenerse en lo privado cuando se inserta en lo público".¹⁰ Por su gran número, y por la fuerza sorprendente que estas mujeres desarrollan cuando se les da la menor oportunidad, este sector, y todos los sectores populares y grupos de base, presentan el potencial más grande y más prometedor, la fuente más grande de esperanzas para el movimiento social de mujeres. Por otra parte, el movimiento social de mujeres tiene en el feminismo uno de los motores que más lo energizan y lo impulsan, aunque no todas lo saben ni lo aceptan. El feminismo es (o debe constituirse, si no lo es ple-

8 Geertje Lycklama a Nijeholt, Virginia Vargas, Saskia Wieringa, "Introducción", *Triángulo de poder*, Bogotá: Tercer Mundo, 1996, p.6.

9 Nancy Saporta, Marysa Navarro, Patricia Chuchryk y Sonia Alvarez, "Feminismo en América Latina: De Bogotá a San Bernardo", en *Mujeres y participación política. Avances y desafíos en América Latina*, Magdalena León, compiladora, (coedición U.Nacional, Uniandes y Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994), p. 75.

10 Magdalena León, "Presentación", en *Mujeres y participación política. Avances y desafíos en América Latina*, op. cit., p. 19.

namente) en el corazón y el cerebro del movimiento social de mujeres, en el sentido de que las ideas feministas deben servir y con frecuencia sirven de catalizador para que mujeres de todas las clases sociales, profesiones, edades, y regiones, se atrevan a reclamar sus derechos; por otra parte, el feminismo debe contribuir, y de hecho contribuye con sus análisis, a develar injusticias que para muchos y muchas aparecen veladas y encubiertas por la costumbre y la tradición. Los principios de igualdad y equidad proclamados por el feminismo permiten a muchas despertar a la posibilidad de luchar por sus intereses, aunque a menudo intervienen otros factores (pienso aquí, por ejemplo, en el caso de madres que viven su rol reproductivo de una manera muy tradicional, pero que en un momento dado se atreven a hacer una fuerte presencia pública para protestar contra los regímenes políticos, reclamando la aparición de sus familiares desaparecidos, torturados o secuestrados).

Sin embargo, por mucho que nos duela a las feministas, debemos reconocer que en Colombia somos pocas quienes nos reconocemos como tales. No sé cuál será la situación en otros países de América Latina, pero entre nosotras y nosotros, la palabra feminismo ha llegado a convertirse en anatema. Con mucha frecuencia, las mujeres que desde el estado, desde las ONG's o desde grupos de base trabajan por mejorar la condición de las mujeres, se creen en la obligación de aclarar que "ellas no son feministas", como si serlo fuera un verdadero estigma. Otras personas, queriendo mostrarse

más liberales e ilustradas insisten en no ser "ni feministas ni machistas", como si estas dos posiciones correspondieran a dos peligrosos extremismos. Este tipo de aclaraciones, así como la constante referencia en los medios masivos a "las feministas" como seres revanchistas y anti-hombres, se basan en una concepción errónea y bastante generalizada de lo que es el feminismo, según la cual éste es simplemente la otra cara de la moneda del machismo. Afortunadamente, existen otras definiciones del término. Aún un monumento al tradicionalismo, e incluso al sexismo, como el Diccionario de la Real Academia Española (DRAL) nos ofrece una definición muy diferente: Feminismo, nos dice este Diccionario, es una "Doctrina social favorable a la condición de la mujer, a quien concede capacidad y derechos reservados hasta ahora a los hombres". No se dice nada aquí sobre revanchas contra los hombres, ni de invertir los papeles de dominación anteriormente ejercidos por ellos para que queden ahora en manos de ellas. Ser feminista, entonces, consiste en reconocer que en nuestras culturas y sociedades se ha pensado que las mujeres carecemos de capacidades intelectuales o morales que sí tienen los hombres, pero que esta idea es errónea, pues las mujeres, si se nos educa para ello, podemos ejercer un liderazgo, desempeñar cualquier trabajo y desarrollar cualquier actividad intelectual; que por otra parte ha habido en nuestras sociedades tradicionales derechos reservados a los hombres, que la justicia reclama que eliminemos aquellas discriminaciones que aún persisten y que debe-

mos lograr la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. Si usted acepta estas ideas, según el DRAL usted de hecho es feminista.

Las feministas desde hace por lo menos dos décadas hemos preconizado la liberación de ambos sexos de la tiranía de roles sexuales y roles de género constrictivos; buscamos que la mujer conquiste la autonomía y que al hombre se le permita la ternura y la libre expresión de sus sentimientos. La sociedad que avizoramos es una sociedad más libre y más igualitaria. De hecho, la contrapartida del machismo podría ser el "hembrismo" o el "mujerismo", mas no el feminismo, que se opone al machismo de la misma manera en que la democracia se opone a la tiranía o la dictadura ¿Por qué, entonces, se ha extendido tanto esa fea caricatura del feminismo? No creo que haya una sola razón para ello, pero quizá una de las más inmediatas sea la campaña antifeminista que ha prevalecido en los medios masivos durante años entre nosotros. En Estados Unidos y en muchos países de Europa, aunque muchas personas consideran que las feministas estamos equivocadas en algunos de los métodos que queremos emplear para obtener la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, sólo algunos sectores fundamentalistas muy retrógrados niegan que este ideal feminista es justo. Algún día habrá que emprender la labor de reconstruir la historia de cómo el término "feminismo" llegó a tergiversarse tan radicalmente en este país.

Por supuesto que no se trata solamente de deformaciones semánticas. Desafortunadamente, para

muchas personas en Colombia, no sólo el feminismo, sino los cambios de las situaciones de las mujeres han ido demasiado lejos. "Con todo lo que han logrado, ¿quieren más?", parece ser el grito de algunos caballeros. A personas como éstas sólo podemos repetirles las estadísticas que cité al principio, e invitarlas a reflexionar sobre el hecho de que las mujeres también somos seres humanos, que tenemos tanto derecho a disfrutar del planeta, del país y de la ciudad como los varones, y a decidir sobre los destinos de cada uno de estos ámbitos. Por eso, una mujer que se incorpora al mercado de trabajo es una mujer que ejerce por primera vez un derecho que siempre ha tenido, aunque le era negado, y no una mujer que le "quita" el trabajo a un hombre, ni que lo desplaza. Una mujer que dirige una empresa, o que conquista un alto cargo administrativo o político, no está construyendo un matriarcado, sino resarciendo levemente un desequilibrio milenario. Pienso que estas posiciones serían fácilmente aceptadas por la mayoría de las integrantes del movimiento social de mujeres, aún aquellas que rechazan lo que las han acostumbrado a creer que es el "extremismo feminista". Ahora bien debemos reconocer que al menos una parte de las razones por las cuales las feministas no hemos logrado convencer a grandes sectores de la sociedad, ni aún a la mayoría de las participantes en el movimiento social de mujeres, pueden encontrarse en errores históricos nuestros, o más bien, posiciones que hemos tenido que ir modificando. Durante la segunda ola del feminismo, de hace veinte, veinticinco, o más años, muchas de

nosotras tendíamos a hablar de "la experiencia femenina", sin reparar en el hecho de que lo que proponíamos como válido para todas se basaba en las vivencias de sólo un determinado sector social: el de las mujeres adultas de clase media y de la etnia dominante. Esta tendencia afortunadamente ha cambiado. En este momento encontramos en el movimiento una mayor conciencia de que ni las experiencias que vivimos ni los problemas a los cuales nos enfrentamos las mujeres son idénticos para todas, sino que difieren a menudo dependiendo de la clase social, la etnia, la edad. Aunque todas las mujeres sanas menstruamos, todas tenemos la capacidad de dar a luz, todas a cierta edad llegamos a la menopausia, estas experiencias corporales aparecen simbolizadas y vividas de manera leve o profundamente diferente debido a diversos factores culturales y sociales. Además, ni las situaciones sociales, laborales, educativas son idénticas, ni las relaciones entre los géneros revisten las mismas características entre hombres y mujeres de distintas clases, ni de diferentes etnias o diferentes generaciones. Por eso, cada vez más, insistimos en la diversidad de feminismos y la diversidad de situaciones de los distintos sectores de mujeres.

Otra tendencia del pasado que ahora reconocemos como obsoleta, es la propensión a la queja, a concebir a la mujer como una víctima de la subordinación social que padecía y padece. Hoy, partiendo de autoras como Joan Scott, Teresa de Lauretis, y otras, hemos incorporado una comprensión de las relaciones de poder

que nos permite verlas de una manera diferente. Mientras anteriormente el poder aparecía como algo que o bien se tenía o no se tenía, ahora nos damos cuenta, con base en los planteamientos de Foucault, de que el poder circula entre todos los actores sociales, y que los dominados y las dominadas participamos activamente de muchas maneras en nuestra propia dominación, en parte a través de discursos discriminatorios que generamos y repetimos. Mientras anteriormente el poder aparecía como algo que surgía de la cúspide, de los que ostentan las posiciones hegemónicas, y se desplazaba hacia la base de la sociedad, hoy se tiende a concebir el poder como algo que parte de los discursos que todos empleamos y se desplaza en todas direcciones. Mientras en el pasado considerábamos el poder como algo que reprimía, ahora lo vemos como algo productivo, una capacidad de generar relaciones, concepciones, y discursos. Desde esta nueva concepción, las mujeres no somos sólo el objetivo, aquellas cuya dominación constituye la meta de la ideología patriarcal, y que por ende sus víctimas, sino también las co-agentes y co-autoras de esa ideología, a la vez que las constantes productoras de múltiples formas de resistencia.

Aquí, sin embargo, nos encontramos con un problema. Por el hecho de que estemos trascendiendo el nivel de las quejas, superando el síndrome de la víctima inocente, ¿podemos acaso olvidarnos de nuestra reivindicaciones no conseguidas? A algunos y algunas les podrá parecer repetitivo, aburrido, tedioso, que continuemos reclamando lo que miles de

veces hemos exigido, sin conseguirlo plenamente. Evidentemente es necesario ser creativos y renovar nuestros discursos, pero no por ello podemos dejar de clamar en contra de la injusticia, de la inequidad. Debemos, además, hacerlo sin pedir nunca excusas, sin timidices ni reticencias, e incluso con una ira saludable que no nos permita caer en el resentimiento. Porque no puede haber democracia si es necesario excusarse por repetir un reclamo justo que no ha sido satisfecho; si pedimos disculpas por exigir que se nos permita disfrutar de lo que por derecho es nuestro, no podremos romper totalmente las ataduras de la falta de autonomía, de la dependencia, de la sumisión.

Dicho todo lo anterior, podemos pasar ya a considerar algunos aspectos del resurgimiento del feminismo en Colombia, de esa segunda ola que nos muestra muchos hilos de continuidad con el movimiento actual. La reflexión sobre el pasado reciente nos puede dar luces sobre las fuerzas que han estado y están todavía en juego. Afortunadamente, contamos ya con varios trabajos publicados sobre el tema. Estos, como era de esperarse, presentan algunas perspectivas diferentes. Norma Villareal, por ejemplo, sostiene que "Para llegar a los orígenes del nuevo feminismo en Colombia hay que considerar la difusión de artículos en revistas y periódicos naciona-

les, que informaron desde antes de 1970 sobre las propuestas feministas y sus tendencias en Estados Unidos y Europa".¹¹ Efectivamente, recuerdo el impacto de aquellas lecturas, algunas sensacionalistas, simplistas, intentando reducir el movimiento a unas cuantas históricas que supuestamente habían quemado un brassiere en alguna calle norteamericana, y otras más reflexivas, más simpatizantes. Otras autoras, en cambio, ubican el nacimiento del nuevo feminismo en la lucha contra los regímenes militares de la década de los 70: "Los feminismos contemporáneos en América Latina nacieron... intrínsecamente como movimientos de oposición... La segunda ola feminista en América Latina nació de la "nueva izquierda" . . . el prototipo de la activista femenina latinoamericana era una exestudiante radical militante o guerrillera y difícilmente una "señora" burguesa obsesionada con sus propios problemas, como muchos izquierdistas quisieron hacernos creer".¹² Para reconciliar estas dos visiones diferentes, podemos apelar a la posición más matizada de Carmen Lucía Giraldo, quien, si bien reconoce que el surgimiento de "la etapa más reciente del movimiento feminista" ocurre en los años 60 y 70 en países como Inglaterra y Estados Unidos, también lo ubica en el contexto de "los movimientos radicales o revolucionarios con los que se

11 Norma Villareal, "El camino de la utopía feminista en Colombia, 1975-1991", en *Mujeres y participación política. Avances y desafíos en América Latina*, Magdalena León, compiladora, (coedición U.Nacional, Uniandes y Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1994), p.183.

12 Nancy Saporta, Marysa Navarro, Patricia Chuchryk y Sonia Alvarez, "Feminismo en América Latina: De Bogotá a San Bernardo", en *Mujeres y participación política*, op. cit., pp. 72-74.

encuentra aliado, o de los cuales se ramificó: el movimiento estudiantil, el hippismo, las luchas de los jóvenes en todas sus variaciones y las luchas del tercer mundo".¹³

En relación con este tema, puedo también recurrir a mi propia experiencia como feminista aquí en Cali. Según recuerdo, a partir de 1975 se produce en nuestro movimiento un fenómeno que podríamos llamar un ir y venir entre condiciones autóctonas y situaciones internacionales.¹⁴ Grupos relativamente pequeños de mujeres venían respondiendo a llamados provenientes del exterior a la vez que basados en situaciones nuestras. En Cali, por ejemplo, desde 1970 había venido gestándose un movimiento estudiantil muy bien organizado y exitoso, que consiguió cambiar radicalmente la cara y todo el modus vivendi de la Universidad del Valle, cuyas estructuras internas eran rígidas y autoritarias, y cuya composición estudiantil era francamente elitista. Fue un movimiento con orientación izquierdista y con la participación de muchos jóvenes de clase media y clase alta de esta ciudad, un movimiento que culminó en la salida del Rector, Alfonso Ocampo Londoño, y

la terminación de los convenios entre la Universidad del Valle y fundaciones norteamericanas como la Ford y la Kellogg. En él, quizá por primera vez en la historia caleña, una de las dirigentes estudiantiles más prominentes, más elocuentes y movilizadoras era una mujer, una estudiante de la entonces Facultad de Trabajo Social, una jovencita diminuta con rasgos aparentemente orientales: Vicky Donneys, a quien apodaban "la vietnamita". Sus dotes de líder, la fogosidad y coherencia de su discurso, y los mismos encarcelamientos que padeció, la convirtieron en una leyenda en Cali. A su vez, este movimiento, que tuvo su climax en la muerte, el 26 de febrero de 1971, de Jalisco, el estudiante de Educación Física, Edgar Mejía Vargas, se inspiraba, no sólo en la situación interna de la Universidad del Valle y del país, sino también en las luchas de los estudiantes norteamericanos contra la guerra en Vietnam, y en los ideales del movimiento estudiantil de Mayo de 1968 en París. Poco después de que se constituyera el Grupo Amplio por la Liberación de la Mujer, a raíz de la proclamación del Año de la Mujer en 1975 (y posteriormente de la convo-

13 Carmen Lucía Giraldo, "Las nuevas protagonistas del movimiento social: el movimiento social de mujeres", en *Discurso, Género y Mujer* (Cali: Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad, Universidad del Valle, 1994), p. 250.

14 Este movimiento dialéctico entre lo extranjero y lo autóctono se presentaba ya en las luchas feministas de "la primera ola", que en Colombia podemos situar entre 1930 y 1957. A pesar de que algunas activistas colombianas de los años 30 veían a las sufragistas británicas y norteamericanas como extremistas "que llegaban al ridículo", el discurso de las sufragistas colombianas planteaba "idénticas reivindicaciones emancipadoras" de la "servidumbre femenina" al de las feministas de ultramar. Al mismo tiempo, las realidades históricas de esa primera mitad del siglo en Colombia impusieron su propia lógica en la lucha de las mujeres (Véase Lola G. Luna, "Los movimientos de mujeres: Feminismo y feminidad en Colombia (1930-1943)", en *Boletín Americanista*, No. 35, Universitat de Barcelona, septiembre de 1986, pp. 172, 174).

catoria de la Conferencia Internacional de la Mujer de México por las Naciones Unidas), Vicky entró a formar parte de él. En este hecho encontramos reunidos el activismo político estudiantil autóctono de orientación izquierdista, oponiéndose a la tiranía de una educación autoritaria y tradicionalista, y la influencia de un organismo internacional, la ONU, a su vez movilizado por el movimiento feminista europeo y norteamericano. Más allá de su caso personal, podemos ver en Vicky Donneys, líder-estudiantil-convertida-en-feminista, un símbolo de los muchos cambios que sacudieron por lo menos a un sector de la sociedad caleña durante la década de los 70.

Por otra parte, muchas integrantes del grupo venían de partidos y organizaciones, pues la de los 70 fue una década de un fervor revolucionario sin precedentes en toda América Latina. Era ésta una época en la cual lo que estaba sucediendo en Cuba, en el Chile de Allende, en Uruguay, en varios países de Centro América, producía una gran euforia entre los izquierdistas, y una impresión generalizada de que se estaba a las puertas de un triunfo general del socialismo en toda la región. Muchas mujeres participaron en estos procesos; una porción de ellas ingresaría luego a las filas feministas. La mayoría de estas mujeres daba muestras de una profunda decepción hacia las entidades de izquierda, y resentía su tendencia a manipular el movimiento de mujeres. Si bien "el legado de la

izquierda tuvo mucho peso sobre el feminismo latinoamericano, herencia que llevó a las primeras feministas a privilegiar la lucha de clases sobre el género", pronto las mujeres descubrieron *por lo menos dos razones para desafiar la noción de la izquierda sobre los feminismos buenos y malos. En primer lugar, al trabajar con mujeres de las clases populares, las feministas aprendieron que los denominados temas tabú tales como la sexualidad, la reproducción o la violencia contra la mujer eran de interés e importancia para las mujeres de la clase obrera...*

Mientras los partidos políticos intentaban manipular las organizaciones de mujeres imponiendo sus agendas políticas al movimiento y la izquierda masculina continuaba insistiendo en que el sexismo "desaparecería después de la revolución", las feministas encontraron una segunda razón para desafiar la noción de que la lucha de género era inherentemente divisoria. Al argumentar que los partidos dominados por los hombres buscaban utilizar y dirigir las luchas de las mujeres, la crítica feminista de la izquierda se hizo más aguda.¹⁵

En cualquier caso, también estas mujeres provenientes de los partidos y las organizaciones de izquierda recibieron diversas influencias de un movimiento político internacional, que sin embargo se manifestaba de maneras distintas e interactuaba con las condiciones particulares de cada país.

Otras mujeres, como yo, llegamos al movimiento feminista después de

15 Saporta, Navarro, Chuchryk y Alvarez, "Feminismo en América Latina: De Bogotá a San Bernardo", op. cit., pp. 15 Saporta, Navarro, Chuchryk y Alvarez, "Feminismo en América Latina: De Bogotá a San Bernardo", op. cit., pp. 77-78.

un trabajo pastoral libertario en la Iglesia Católica, inspirado por la teología de la liberación y todo el movimiento post-concilio Vaticano II, trabajo, sin embargo, que había sido perseguido y ahogado por la jerarquía eclesiástica. Bajo la consigna de "Jesús como Señor de la historia", grupos de hombres y mujeres laicos ejercíamos un apostolado considerado inseparable del proceso de la concientización del pueblo sobre su propia situación económica y política. Se pensaba la evangelización como íntimamente ligada a la construcción de comunidades de base; la ideología de nuestro "equipo de pastoral" se alimentaba de la "Pedagogía del oprimido" propuesta por Paulo Freire; el ejemplo que nos marcaba el derrotado era el de Monseñor Helder Cámara, con su prédica y su participación en el trabajo en pro de los pobres de las *favelas* brasileñas. Por nuestra identificación con estas posiciones y nuestra toma de partido por los sectores oprimidos de la sociedad caleña fuimos severamente reprimidos: los sacerdotes que dirigían nuestro grupo fueron trasladados a otras parroquias o inclusive a otros departamentos, la trabajadora social fue despedida, y los laicos y las laicas sufrimos denuncias, algunas de las cuales llegaron a manos de nuestros empleadores. Algunas religiosas, que empezaban a encontrar su propia voz en el contexto seriamente sexista de las órdenes religiosas, sufrieron los peores castigos y restricciones. El grupo en el cual yo militaba era mayoritariamente femenino; en retrospectión, pienso que una de nuestras motivaciones más importan-

tes (aunque inconsciente) era la de ejercer un liderazgo como mujeres en una organización tan patriarcal como la Iglesia Católica. Quizá por todo lo anterior, cuando el grupo se disolvió me encontraba en una disposición especialmente favorable para recibir con agrado la invitación a integrarme a un grupo feminista. Para mí, como para tantas otras, el llamado de las Naciones Unidas se convertía en la oportunidad para una toma de conciencia de necesidades latentes, sentidos a lo largo de nuestra corta vida, la ocasión para un auto-descubrimiento, para reconocer y expresar insatisfacciones que habíamos experimentado desde siempre.

A partir de allí, nos embarcamos en muchos estudios y reflexiones: nuestras lecturas iban de Simone de Beauvoir a norteamericanas como Betty Friedan y Juliette Mitchell. Nuevamente, en nuestros debates la influencia extranjera interactuaba inevitablemente con realidades nuestras. También realizamos actos públicos, marchas, trabajos académicos. En ocasiones nos aliábamos con organizaciones más antiguas, como la Unión de Ciudadanas de Colombia, con grupos que se movilizaban en torno a los derechos sexuales y reproductivos, y teníamos algunos vínculos más o menos indirectos con algunos grupos de base y organizaciones de izquierda. Fuimos duramente criticadas y ridiculizadas por columnistas y caricaturistas. De hecho, nos captamos sólo sectores muy reducidos y marginales de la opinión pública.

Sin embargo, de esa experiencia muchas salimos fortalecidas, dotadas

de una perspectiva feminista que ya no abandonaríamos. Algunas procedieron a fundar otros grupos, incluyendo organizaciones de asistencia a mujeres de diversos sectores; otras incorporamos nuestra perspectiva feminista a nuestro trabajo en el mundo académico; aún otras pasaron a trabajar con el estado, con fundaciones y otras organizaciones no gubernamentales o con la empresa privada, y en ocasiones lograron también darle una orientación feminista al trabajo con mujeres, aún cuando no siempre se les permitiera reconocerlo abiertamente en su desempeño profesional. También se fundaron dos revistas: la segunda generación de *Cuéntame tu vida*, y *La Manzana de la Discordia*. Un grupo de feministas participó activamente en la concepción y creación de la Oficina de la Mujer en la Alcaldía de Cali, que se convertiría en modelo para muchas otras similares entidades o dependencias municipales en el país. Ya en esta década, se fundó el Centro de Estudios de Género en la Universidad del Valle.

Paralelamente, el movimiento feminista en el exterior continuó ejerciendo una influencia cada vez más mayor en organismos internacionales, produciendo cambios de actitudes y de políticas en fundaciones, bancos, y en otros entes financiadores de proyectos de desarrollo, así como en las mismas Naciones Unidas. Con el tiempo, el trabajo de muchas organizaciones no gubernamentales de mujeres a nivel internacional crea un clima de aceptación de los planteamientos feministas que permite que algunos de nuestros propios planteamientos sean escucha-

dos en este país, al menos parcialmente, por parte de algunos sectores gubernamentales. Así, desde la década de los 80 comienza a verse la formulación de políticas gubernamentales como la de las Mujeres Rurales, (1984 y 1993), la de "Salud para las mujeres, mujeres para la salud" (1992), y finalmente, la Política de Equidad y Participación para la Mujer o EPAM (1994).

Por último, la movilización nacional en torno a la Asamblea Constituyente nos toca con mucha fuerza a las mujeres, que participamos conformando mesas de trabajo cuya labor posteriormente serviría de base para la creación de la Red Nacional de Mujeres. En la Constitución de 1991 quedan plasmados principios como la igualdad de derechos y oportunidades entre el hombre y la mujer (Art. 43), la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (Art. 13), la participación de la mujer en niveles decisivos de la administración pública (Art. 40), principios que deberán ser de largo alcance, cuyas posibilidades para la construcción de la democracia aún no hemos explotado suficientemente. Desde 1995, se crean el Consejo Nacional y los Consejos Territoriales de Planeación, siempre con participación femenina, y distintas entidades gubernamentales se empeñan en la implementación de la EPAM, a través de múltiples proyectos encaminados a la incorporación de la perspectiva de género a los planes y programas de desarrollo.

Evidentemente, gran parte de estos logros no habrían sido posibles sin la presión externa de organismos internacionales. Pero si no hubiera

habido en Colombia, tanto en la capital como en las regiones, mujeres con una trayectoria feminista y de participación en el movimiento social de mujeres, líderes capaces de responder a estos retos, tales acciones como la promulgación de la EPAM y la creación de la Dirección Nacional de Equidad para la Mujer no habrían encontrado un sentido propio; hubieran sido acciones importadas, sin ningún arraigo en nuestra realidad. Estos proyectos se construyeron con la participación de mujeres que venían de estos movimientos, y es por esta razón que las mujeres en Colombia podemos reconocernos y apoyarnos en ellos para adelantar nuestros intereses colectivos.

Las feministas no éramos ni somos muchas mujeres; quizá ni siquiera constituyamos aún una masa crítica, pero sí somos cada vez más. Falta mucho camino por recorrer para que las potencialidades de la Constitución se hagan realidad, para que logremos movilizar la conciencia de un número significativo de mujeres, a fin de que masivamente exijamos las condiciones necesarias para ejercer nuestros derechos. Evidentemente existe una inercia que se opone a la realización de estos objetivos, a nuestra inclusión equitativa en todos los niveles y sectores de la sociedad, así como existen factores políticos que tienden a convertir la participación de la sociedad civil en una farsa, en el caso de las mujeres como en el de todos los ciudadanos. Pero la Red Nacional de Mujeres, la Red de Derechos Sexuales y Reproductivos, la de Mujeres Negras, los múltiples grupos y organizaciones de mujeres indígenas, campesinas,

obreras, así como muchas organizaciones femeninas en el ámbito político y académico estamos dando pasos para lograr articular nuestros esfuerzos en torno a la consecución de nuestros objetivos.

Además, sabemos que nuestro trabajo no se encamina a obtener simples cambios puntuales. A lo que apuntamos es a un cambio radical de toda la sociedad, de toda nuestra cultura. Por eso les planteo la necesidad de una utopía, no como una visión rígida que se convierta en dogma, sino como un sueño amable que debemos ir reconstruyendo siempre. No podemos invocar una utopía generalizada para todo el movimiento social de mujeres, ya que, por definición, un movimiento de este tipo es heterogéneo, está conformado por grupos y personas con visiones y utopías diferentes. Existen, sin embargo, muchos elementos comunes en las diferentes visiones de los cambios que la mayoría de nosotras quiere realizar. Podemos encontrar muchos de estos elementos en la Plataforma de Acción de la IV conferencia Mundial de la Mujer en Beijing, en algunos lineamientos de la misma política nacional (EPAM), en las diversas reflexiones sobre las maneras en las cuales podemos convertir en realidad los principios consignados en la Constitución de 1991, en nuestros propios sueños de hoy y de toda la vida. Pero es indudable que nadie puede arrogarse el derecho a hablar sobre este tema en nombre de todo el movimiento. La construcción de una plataforma mínima para el movimiento social de mujeres es una tarea que aún tenemos por delante.

Por lo tanto, sólo a manera de

ejemplo de una utopía feminista, quiero compartir con ustedes la mía propia. Ella consiste en superar tanto las estrecheces del modelo tradicional de femineidad, fundamentado en la dependencia y la falta de autonomía, como las actitudes copiadas del modelo masculino en que caemos muchas veces quienes rechazamos la sumisión y la subordinación de la mujer. Mi propuesta es que trascendamos ambas posiciones, para que no seamos ni inermes, ni incapaces de amarnos a nosotras mismas, como el estereotipo de la mujer tradicional, ni arrogantes, con pretensiones de omnisciencia y omnipotencia, con dificultades para admitirnos capaces de sentir dolor o incertidumbre, como el estereotipo del varón tradicional. Rescatemos, desde muchas posiciones de clase y de etnia, desde generaciones distintas, múltiples formas de lo femenino como una capacidad

de derivar fuerza a partir de la expresión tanto de nuestras posibilidades como de nuestra incompletud, así como múltiples formas de lo masculino como autonomía e independencia, que no nos obliguen a adoptar la pose del dominador. Abracemos la diversidad, para que haya mujeres muy femeninas, y hombres igualmente femeninos, si quieren serlo, a la vez que hombres muy masculinos, y mujeres que también lo sean si ese es su deseo, así como seres bisexuales síquica y simbólicamente y en distintos grados, sin que esto implique necesariamente homosexualismo, pero sin que se rechace tampoco a quienes ostenten esta orientación sexual. Y que todo esto suceda en el marco del respeto a los derechos de todos, sin discriminaciones ni subordinaciones. Que sea esta utopía la que nos muestre el camino del ingreso al nuevo milenio